

EL PODER EDUCATIVO DE LOS CLÁSICOS

EJEMPLO DE AMISTAD

El comienzo de *El viejo y el mar* es un canto a la amistad desinteresada y generosa. El niño y el anciano pescador forman un todo que nos habla de virtudes humanas y aventuras compartidas.

El viejo era flaco y desgarrado, con arrugas profundas en la parte posterior del cuello. Las pardas manchas del benigno cáncer de la piel que el sol produce con sus reflejos en el mar tropical, estaban en sus mejillas. Estas pecas corrían por los lados de su cara hasta bastante abajo, y sus manos tenían las hondas cicatrices que causa la manipulación de las cuerdas cuando sujetan los grandes peces. Pero ninguna de estas cicatrices era reciente. Eran tan viejas como las erosiones de un árido desierto.

Todo en él era viejo, salvo sus ojos; y éstos tenían el color mismo del mar y eran alegres e invictos.

—Santiago —le dijo el muchacho trepando por la orilla desde donde quedaba varado el bote—. Yo podría volver con usted. Hemos hecho algún dinero.

El viejo había enseñado al muchacho a pescar, y el muchacho le tenía cariño.

—No —dijo el viejo—. Tú sales en un bote que tiene buena suerte. Sigue con ellos.

—Pero recuerde que una vez llevaba ochenta y siete días sin pescar nada y luego cogimos peces grandes todos los días durante tres semanas.

—Lo recuerdo —dijo el viejo—, y yo sé que no me dejaste porque hubieses perdido la esperanza.

—Fue papá quien me obligó. Soy un chiquillo y tengo que obedecerlo.

—Lo sé —dijo el viejo—. Es completamente normal.

—Papá no tiene mucha fe.

—No. Pero nosotros, sí, ¿verdad?

—Sí —dijo el muchacho—. ¿Me permite brindarle una cerveza en La Terraza? Luego llevaremos las cosas a casa.

—¿Por qué no? —dijo el viejo—. Entre pescadores.

Se sentaron en La Terraza. Muchos de los pescadores se reían del viejo, pero él no se molestaba. Otros, entre los más viejos, lo miraban y se ponían tristes. Pero no lo manifestaban y se referían cortésmente a la corriente y a las hondonadas donde habían tendido sus sedales, al continuo buen tiempo y a los que habían visto. Los pescadores que aquel día habían tenido éxito habían llegado y habían limpiado sus agujas y las llevaban tendidas sobre dos tablas —dos hombres tambaleándose al extremo de cada tabla— a la pescadería, donde esperaban a que el camión del hielo las llevara al mercado, a La Habana. Los que habían pescado tiburones los habían llevado a la factoría de tiburones al otro lado de la ensenada, donde eran izados en aparejos de polea; les sacaban los hígados, les cortaban las aletas y los desollaban y cortaban su carne en trozos para salarla.

Cuando el viento soplaba del este, el hedor se extendía a través del puerto, procedente de la fábrica tiburonera; pero hoy no se notaba más que un débil tufo porque el viento había vuelto al norte y luego había dejado de soplar. Era agradable estar allí, al sol, en La Terraza.

—Santiago, —dijo el muchacho.

—¿Qué? —respondió el viejo. Con el vaso en la mano pensaba en las cosas de hacía muchos años.

—¿Puedo ir a buscarle sardinas para mañana?

—No. Ve a jugar al béisbol. Todavía puedo remar, y Rogelio tirará la atarraya.

—Me gustaría ir. Si no puedo pescar con usted, me gustaría servirlo de alguna manera.

—Me has pagado una cerveza —dijo el viejo—. Ya eres un hombre.

—¿Que edad tenía yo cuando usted me llevó por primera vez en un bote?

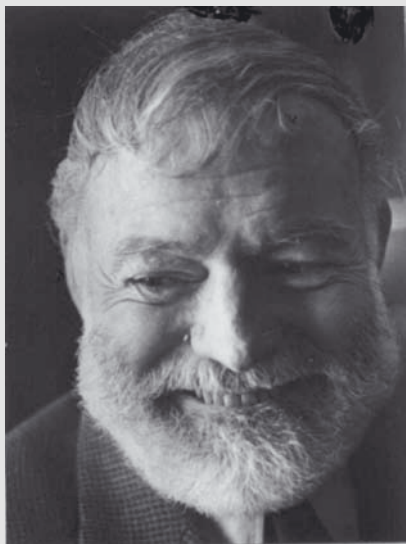
—Cinco años. Y por poco pierdes la vida cuando subí aquel pez demasiado vivo que estuvo a punto de destrozar el bote. ¿Te acuerdas?

—Recuerdo cómo brincaba y pegaba coletazos, y que el banco se rompía, y el ruido de los garrotazos. Recuerdo que usted me arrojó a la proa, donde estaban los sedales mojados y enrollados. Y recuerdo que todo el bote se estremecía, y el estrépito que usted armaba dándole garrotazos como si talara un árbol, y el pegajoso olor a sangre que me envolvía.

—¿Lo recuerdas realmente o es que yo te lo he contado?

—Lo recuerdo todo, desde la primera vez que salimos juntos.

El viejo lo miró con sus amorosos y confiados ojos quemados por el sol.



ERNEST HEMINGWAY

Nació el 21 julio 1899 en Oak Park, Illinois. Mal avenido con su familia, sobre todo con su madre, se niega a hacer estudios universitarios, y trabaja de reportero en el Kansas City Star. Toma parte en la primera Guerra Mundial (*Adiós a las armas*) y, a partir de 1921 lo encontramos como corresponsal en París (*París era una fiesta*). En 1927 se convierte al catolicismo, y aunque la forma exterior de su vida futura no se acomoda a su nueva religión —su vida familiar fue un completo desastre— en el fondo de su obra y en el alma de muchos de sus personajes hay una espiritualidad y un sentido de trascendencia que serían difíciles de explicar si no se tiene en cuenta que no se separó nunca del sentir católico.

Enamorado de España y de sus costumbres, (*Muerte en la tarde*) asiste como corresponsal de guerra a nuestra contienda civil (*Por quién doblan las campanas*). En 1952 publica su inolvidable *El viejo y el mar*, al que pertenece la escena reproducida aquí. En 1953 gana el premio Pulitzer, y en el 54 el Nobel, aunque no acude a recogerlo por encontrarse ya enfermo física y mentalmente. En 1958 se instala en su rancho de Ketchum, Idaho, donde, tras varias estancias en distintos hospitales, puso fin a su vida el 2 de julio de 1961.

Hemingway aplicó la técnica periodística al relato, en el que se refleja su preocupación por ciertos temas fundamentales como la vida, la muerte y la soledad, empleando una

prosa sencilla. En estas características radica el secreto de su maestría como narrador, casi inigualable en el siglo XX.